

EL FUTURO DE LOS ESTUDIOS DE FUTURO EN LA PLANIFICACIÓN URBANA Y TERRITORIAL

José Miguel Fernández Güell (Dr. Arquitecto – Profesor titular DUyOT)

En los 25 años de existencia de nuestra revista CIUR, diversos cambios sociales, económicos, tecnológicos, ambientales y de gobierno han afectado con mayor o menor intensidad a la práctica de la planificación urbana y territorial. En estos años han surgido nuevas formas de hacer urbanismo como respuesta a nuevas demandas, se han consolidado otras tradicionales por su demostrada utilidad social y se han cuestionado otras obsoletas por su ineficacia para afrontar los retos de las ciudades contemporáneas. Sin ánimo de efectuar un recorrido exhaustivo sobre las vicisitudes que ha experimentado el Urbanismo en el último cuarto de siglo, en este breve artículo me centraré en describir la evolución que han seguido los estudios del futuro en nuestro campo profesional.

Históricamente, uno de los objetivos fundamentales de los urbanistas ha sido tomar decisiones en el presente para guiar desarrollo las actividades urbanas en el futuro y así mejorar las condiciones de vida. En otras palabras, los urbanistas han tratado de prever la evolución futura de las ciudades con el fin de anticipar y corregir los posibles impactos que pudieran afectarlas. Sin embargo, en la actualidad los planificadores urbanos no parecen perseguir con mucho convencimiento ese objetivo. A principios del siglo XX, visionarios como *Daniel H. Burnham*, *Antonio Sant'Elia* o *Le Corbusier* se esforzaron en escenificar con dibujos y palabras cómo serían las ciudades del futuro. Detrás de estas visiones de futuro no había reflexiones y análisis muy rigurosos que fundamentaran sus propuestas urbanas, más bien el sustento procedía de la intuición e imaginación del propio arquitecto-urbanista. A pesar de todo, esas visiones urbanas, cargadas de fuertes dosis de utopía, eran capaces de estimular e ilusionar a una amplia audiencia ciudadana.

A partir de los años 50 los urbanistas se volcaron en el desarrollo de modelos cuantitativos como la opción más rigurosa y precisa para prever el futuro, pero al mismo tiempo la menos amigable para comunicarse con los ciudadanos (HALL, 1996; TERÁN, 1996). Pronto estos modelos generaron un profundo desencanto debido a la magnitud de los errores cometidos en las predicciones, poniendo así de manifiesto las limitaciones del urbanismo científico y tecnocrático. Al descrédito sufrido por los modelos de simulación se sumó la incertidumbre producida por las turbulencias acaecidas en los años 70 --crisis energética, agotamiento de los sistemas políticos, crecientes impactos ambientales y cambios demográficos— que dejaron obsoletos los paradigmas anteriores. Bajo estas circunstancias, el planificador perdió sus marcos de referencia tradicionales y terminó reconociendo su impotencia para realizar previsiones fiables y explicar fenómenos urbanos complejos mediante leyes científicas y patrones regulares. De este modo, los urbanistas se fueron distanciando de las técnicas de previsión y pasaron a practicar una planificación más contingente, pragmática y cortoplacista.

A mitad de los años noventa, en determinados campos de conocimiento renació el interés hacia los estudios del futuro. Avances notables en las técnicas de previsión

de carácter cualitativo, tales como el Método Delphi y el Diseño de Escenarios, atrajeron la atención de tecnólogos, sociólogos y empresarios. En poco tiempo, este interés se vio refrendado por la aparición de numerosas publicaciones científicas y profesionales, así como por la proliferación de consultores especializados en esta materia. Durante estos años surgieron en los países más desarrollados observatorios nacionales de prospectiva bajo el amparo de entidades estatales y regionales con el propósito de prever los cambios a largo plazo y así guiar las estrategias para el desarrollo socioeconómico y tecnológico de sus territorios. Sin embargo, el mundo del urbanismo, salvo excepciones contadas, permaneció ajeno a la utilización de las nuevas herramientas de prospectiva. De hecho, llamaba la atención cómo un colectivo de profesionales dedicados aparentemente a la planificación a largo plazo mostrara ignorancia y reticencia hacia estas herramientas.

Apoyado en las opiniones de expertos que han reflexionado sobre esta cuestión y en mi propia experiencia (COLE, 2001; FERNÁNDEZ GÜELL, 2011; ISSERMAN, 1985; WACHS, 2001), me atrevo a identificar cinco razones que explican este divorcio entre urbanistas y estudios del futuro.

Una primera razón, ya insinuada anteriormente, se refiere a la evolución que han experimentado los enfoques profesionales que dominan la planificación urbana. Tras la Segunda Guerra Mundial el control de la planificación urbana pasó de las manos de los arquitectos y diseñadores espaciales a los científicos sociales e ingenieros, que fundamentaron su labor en el pensamiento analítico. En este contexto, el futuro ya no era configurado mediante visiones espaciales, sino que se empleaban predicciones cuantitativas a partir de bases de datos, modelos matemáticos y algoritmos. Por tanto, una predicción no constituía una visión del futuro, sino que más bien se convertía en una simple proyección de tendencias históricas que daba lugar a una imagen tecnocrática del futuro.

La segunda razón radica en que los planes urbanísticos han pasado de centrarse en productos finales a focalizarse en procesos operativos de tipo continuo. Concretamente, los modernos enfoques de planificación colaborativa entre agentes públicos y privados han sustituido al antiguo paradigma de los planes basados en visiones y predicciones técnicas. Así, hoy en día la participación ciudadana y la colaboración con agentes locales se han convertido en elementos clave de un urbanismo concertado y orientado a la acción a corto y medio plazo. En este contexto, prevalece la preocupación por establecer la legitimidad del proceso de planificación mediante la formulación de múltiples visiones en lugar de perseguir con decisión alguna de ellas en particular. En suma, la necesidad de consenso y compromiso ha dejado a un lado la visualización del futuro.

La tercera razón se centra en argumentos ideológicos. El modelo neoliberal imperante desde finales de los años 1970 ha restringido la intervención pública en muchas esferas de la vida social y económica, propiciando recortes presupuestarios de los organismos públicos que han debilitado el proceso de planificación. Esta situación ha supuesto el aumento de la presión de las necesidades de corto plazo sobre las visiones a largo plazo, lo que ha cercenado la reflexión de futuro entre los planificadores urbanos. Evidentemente, la intensa recesión económica que sufrimos desde el año 2008 no ha hecho más que agravar esta situación en virtud de las políticas de austeridad auspiciadas por los organismos internacionales.

En cuarto lugar, persiste una falta de confianza generalizada en las herramientas de prospectiva y en los planificadores para reflexionar de forma plausible sobre el futuro. Para el mundo urbanístico contemporáneo, una predicción es correcta siempre y cuando incorpore modelos matemáticos sencillos y comprensibles, que contengan verdades empíricas, en lugar de valores e ideales subjetivos sobre el futuro. Este pragmatismo tecnocrático se ha visto reforzado por los avances producidos en los sistemas de información geográfica, en los modelos de ordenador y en los métodos estadísticos. A pesar de que la sofisticación de las técnicas cuantitativas es más aparente que real, la opinión predominante es que estas técnicas aportan valor añadido al analista urbano, proporcionan un aura de complejidad científica a las predicciones y otorgan autoridad a las decisiones políticas.

Existe una quinta razón, propia del contexto español donde el marco jurídico es rígido y excesivamente regulador, los agentes inmobiliarios especulan descaradamente y muchos políticos toman decisiones de forma opaca y arbitraria. Obviamente, en este contexto resulta complicado generar visiones de futuro con el concurso de un amplio número de agentes locales y de la base ciudadana. En consecuencia, la situación española actual no es propicia para desplegar una planificación territorial comprometida y reflexiva que haga uso de los estudios del futuro.

Aunque de naturaleza muy diversa, estas razones explican la poca atención que los urbanistas han prestado en los últimos años a revisar y reinventar los métodos para prever el futuro. Todo parece indicar que la complejidad, la incertidumbre y el debate social inherentes al urbanismo contemporáneo han dificultado la puesta en práctica de métodos efectivos de previsión de futuro. Ahora bien, también parece que la planificación urbana ha sacrificado voluntariamente su rol visionario e idealista, y ha abandonado su responsabilidad de ser la fuente de inspiración e ideas acerca de lo que puede y debe hacerse en la ciudad.

Llegados a este punto, como investigadores podemos plantearnos una serie de cuestiones. ¿Merece la pena anticipar y controlar todos los aspectos de la vida urbana? ¿Si lo hiciéramos, perderíamos algo? ¿No son el caos, la espontaneidad y la imprevisibilidad sinónimos de la vitalidad urbana? ¿No limitan los sistemas complejos urbanos la certeza y predictibilidad de nuestras previsiones? ¿No es más inteligente aquella ciudad que facilita la combinación por azar y necesidad de gente diversa en muchos espacios de encuentro, fundamentalmente públicos? ¿No es el propósito del urbanismo contemporáneo reducir las dinámicas que tienden a generar lugares especializados y a segregar socialmente la población? ¿Serán capaces la ciencia y la tecnología de proporcionarnos los medios para lograr anticipaciones con elevado grado de fiabilidad? Todas estas inquietudes las podemos sintetizar en una doble pregunta: ¿sería conveniente, por un lado, y viable, por otro, recuperar los estudios del futuro en el urbanismo?

En mi opinión, no creo acertado hurtar a las ciudades y a los ciudadanos los avances en los estudios de futuro. Dudo mucho que estos avances supongan una amenaza para la vitalidad de nuestras ciudades y menos aun para los procesos de planificación; al contrario, pueden contribuir a resolver algunos de los retos a los que nos enfrentamos. De hecho, nuestras sociedades urbanas afrontan transformaciones en las estructuras demográficas, avances en el proceso de globalización, amenazas

del cambio climático, aparición de tecnologías disruptivas y nuevos modelos de gobernanza. Adicionalmente, los citados cambios están ocurriendo con gran rapidez y comportamientos no lineales de difícil asimilación por la Sociedad. Razones todas ellas de peso para defender la conveniencia de reflexionar sobre el futuro.

En cuanto a su viabilidad, considero que sí es factible la recuperación de los estudios del futuro para el ámbito de la planificación urbana y territorial. Un primer argumento de apoyo es que se han producido progresos significativos en las herramientas de prospectiva, aumentando su catálogo, sus prestaciones y su fiabilidad (MYERS & KITSUSE, 2000). Un segundo argumento se refiere al potencial de las nuevas tecnologías para explotar los enormes volúmenes de datos (*big data*) que se van a acumular en la nube computacional (*cloud computing*) y que previsiblemente podremos cruzar para entender mejor el comportamiento de las ciudades (BATTY et al., 2012). Un último argumento destaca la utilidad ya contrastada de los instrumentos de prospectiva para involucrar a los agentes locales (*stakeholders*) en los procesos de reflexión estratégica (FERNÁNDEZ GÜELL, 2006).

En suma, los estudios del futuro no nos garantizan el acierto de las previsiones, pero sí nos pueden aportar ideas frescas, sugerencias creativas y políticas renovadoras que funcionen como un contrapeso a la práctica excesivamente tecnocrática y jurídica que domina actualmente el urbanismo en nuestro país. Estimo que un ejercicio de prospectiva bien realizado nunca será una pérdida de tiempo, incluso si las previsiones no resultan acertadas. El mero hecho de enseñar a los agentes urbanos a pensar sobre el futuro de forma colectiva ya será un logro muy valioso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- BATTY, M. et al. (2012). "Smart cities in the future", *UCL Working Papers Series*, Nº 188, October 2012. UCL Centre for Advanced Spatial Analysis, London.
- COLE, S. (2001). "Dare to dream: bringing futures into planning", *American Planning Association Journal*, 67 (4), pp. 372-383.
- FERNÁNDEZ GÜELL, J. M. (2011). "Recuperación de los estudios del futuro a través de la prospectiva territorial", *Ciudad y Territorio*, No. 167, pp. 11-32.
- FERNÁNDEZ GÜELL, J. M. (2006). *Planificación estratégica de ciudades: Nuevos instrumentos y procesos*, Editorial Reverté, Barcelona.
- HALL, P. (1996). *Cities of Tomorrow*, Blackwell, London.
- ISSERMAN, A. M. (1985). "Dare to plan: An essay on the role of the future in planning practice and education", *Town Planning Review*, No. 56 (4), pp. 483-491.
- MYERS, D., & KITSUSE, A. (2000), "Constructing the future in planning: a survey of theories and tools", *Journal of Planning Education and Research*, 19, pp. 221-231.
- TERÁN, F. de (1996). "Evolución del planeamiento urbanístico (1846-1996)", *Ciudad y Territorio – Estudios Territoriales*, No. 107-108, pp. 167-184.
- WACHS, M. (2001). "Forecasting versus Envisioning: A new window on the future", *Journal of American Planning Association Journal*, Vol. 67 No. 4, pp. 367-372.